

NEW LEFT REVIEW 111

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - SEPTIEMBRE 2018

ARTÍCULOS

ROBIN BLACKBURN	El proyecto de Corbyn	7
SIMONE WEIL	Meditaciones sobre un cadaver	40
KAREEM RABIE	Rehacer Ramala	48
TROY VETTESE	Congelar el Támesis	70
JIWEI XIAO	¿Reunión tardía?	97
MARCO D'ERAMO	Auge y caída del periódico	121

CRÍTICA

TARIQ ALI	El turno de Yemen	139
ALEXANDER ZEVIN	Un conformista crítico	151
LEONARDO IMPETT	Prometeo cableado	163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CRÍTICA

Edward Luce, *The Retreat of Western Liberalism*,
Londres, Abacus, 2018, 248 pp.

ALEXANDER ZEVIN

UN CONFORMISTA CRÍTICO

Un indicio de que se exageró cuando, en 2008, se anunció por primera vez la muerte del neoliberalismo la pudimos encontrar en las reacciones de la prensa económica. «Crisis, ¿qué crisis? Basta de alboroto, es solo una desaceleración»: así es como el redactor de *The Economist*, Bill Emmott, saludaba la noticia en un artículo de opinión en *The Guardian*. Cinco meses después, rectificaba: «Me equivoqué. Pero no pasa nada». Si la respuesta al comienzo de la Gran Recesión estuvo caracterizada por un estado de negación, las conmociones gemelas que supusieron el Brexit y Trump casi una década más tarde han tenido el efecto contrario: oleadas de desesperación y rebeldía rompen contra los analistas, aturdidos ante la ira popular contra la globalización, mientras un aluvión de cabeceras mantienen ahora que el liberalismo, Occidente, o ambos, están en crisis. Ambos momentos comparten una cierta unidad dialéctica, que se manifiesta en el maridaje entre alarmismo y complacencia que caracteriza el libro que Emmott publicó en 2017, *The Fate of the West: The Battle to Save the World's Most Successful Idea*. En él Emmott redobla la apuesta, reclamando una «dosis de neoneoliberalismo» para «restaurar y cultivar la igualdad», si bien con la salvedad de que esta no ha de ser «redistributiva y material». Ante todo, debemos abstenernos de criticar el capitalismo, lo que sería tanto «como atacar la “vida”».

En este terreno se adentra la figura contrapuesta de Edward Luce, un columnista de primer orden del *Financial Times*, cuyo *The Retreat of Western Liberalism* tiene un tono algo distinto: «Era sumamente arrogante pensar que,

después de 1989, el resto del mundo adoptaría pasivamente nuestro guión», escribe Luce. «Aquellos que todavía creen en el triunfo inevitable del modelo occidental deberían preguntarse si su visión del mundo se nutre de los hechos o bien de la fe. Debemos arrojar una mirada escéptica a aquello que hemos aprendido a no cuestionar nunca». Además, las raíces de la crisis de la democracia liberal occidental son económicas: Trump y compañía son un síntoma, no una causa. La base para el florecimiento de la democracia a ambos lados del Atlántico después de 1945 no fueron los «valores occidentales», sino el crecimiento económico y el aumento del nivel de vida. Sin embargo, determinados procesos económicos imparables (la automatización, la convergencia con China, etcétera) van a ejercer en los próximos años una presión incansable sobre los asalariados. A escala global, las credenciales de Washington como *sheriff* planetario, ya severamente dañadas por culpa de las guerras preventivas de Bush, están ahora siendo destrozadas por Trump, y existe el riesgo de que un Estados Unidos en declive reaccione de forma exagerada e insegura ante el auge de China. No obstante, sería un error pensar que con Clinton en la Casa Blanca todo habría ido bien. Según argumenta Luce, «la crisis de occidente es real, estructural y probablemente persistente». *The Retreat of Western Liberalism* pretende ofrecer un análisis lúcido de todo lo que ha ido mal a fin de ayudar a los *establishments* occidentales a «salvar el liberalismo de sí mismo».

El propio Luce proviene del corazón de uno de esos *establishments* (el escalafón superior de la clase política británica). Uno de sus abuelos fue gobernador de Adén y partero diplomático de los Emiratos Árabes Unidos; un tío abuelo, First Sea Lord of the Admiralty. Su padre fue diputado *tory* entre 1974 y 1992, además de ministro en el gobierno de Margaret Thatcher y, a continuación, gobernador de Gibraltar y Lord Chamberlain, y por ende miembro de la comisión encargada de seleccionar al arzobispo de Canterbury en 2012 (por entonces, Knight Companion of the Order of the Garter). Nacido en 1968, Luce se describe a sí mismo como un puro producto del orden posterior a la Guerra Fría. En 1989, para festejar el advenimiento de dicho orden, interrumpió sus seminarios de filosofía, política y economía en Oxford e hizo un viaje por carretera a Berlín, donde arrancó al muro alguna esquirla con el cincel mientras se descorchaba el champán y Wordsworth –y Fukuyama– le bullían en la cabeza. Tras unas prácticas en la Comisión Europea decidió hacer carrera en el periodismo, que prometía ser más apasionante («el cabello al viento y una carretera despejada»). Desde *The Guardian*, como reportero en Ginebra, pasó al *Financial Times*, primero como corresponsal en Manila y después en Londres, en la oficina de los mercados de capitales. En 1999 Luce se tomó un descanso para trabajar como redactor de discursos para el secretario del tesoro de Clinton, Lawrence Summers (en retrospectiva, se maravilla ante aquella «autoconfianza inamovible» que caracterizaba la era del «consenso de Washington» en su máximo esplendor).

Tras la victoria de Bush en las elecciones, Luce regresa al *Financial Times* en 2001. Fue destinado a India, país al que dedica su primer libro, *In Spite of the Gods* (2007) (el título es un guiño a la visión del desarrollo que tenía Nehru, más secular, frente a la de Gandhi, más espiritual). Aquí Luce se aleja en varios sentidos de lo que venía siendo la norma en Gran Bretaña, a saber, la admiración por el Partido del Congreso, que los primeros dirigentes de India tendían a ver como la prueba de su éxito. Distinguía con lucidez los efectos corruptores del régimen dinástico nehru-gandhiano dentro del partido, aparte de su corrupción pura y simple. Por otro lado, se formó una visión más escéptica de la que había mantenido en Londres o Washington acerca de los efectos de la liberalización del comercio en un país extenso y pobre. En 2006 Luce regresó a Washington como jefe de oficina del *Financial Times*, a tiempo para cubrir las primarias del Partido Demócrata, el ascenso del Tea Party y el desencadenamiento de la crisis financiera. Los frutos de ese periodo saltan a la vista en su libro *Time to Start Thinking: America in the Age of Descent* (2012), que situó a Luce como una de las voces más críticas dentro de los círculos de la prensa de Washington. Escribiendo desde lo más profundo de la recesión, dedicó comentarios mordaces al mediocre sistema de educación pública de Estados Unidos, así como a sus infraestructuras de segundo orden, o a la devastación social en que se ha convertido su cinturón industrial («*How many Flints can America absorb?*»). La burbuja de las hipotecas *subprime* no fue sino un síntoma más de la creciente inseguridad económica, de la desaparición paulatina del empleo estable en el sector manufacturero y de la proliferación de los trabajos precarios en el sector servicios.

Más allá de las dotes de Obama para hacer campaña, Luce expresó serias dudas acerca de su capacidad para gobernar: mientras los banqueros eran rescatados durante su mandato, la tendencia a la baja de los salarios medios se aceleraba. La creencia en la igualdad de oportunidades dejó apenas de tener base real alguna. Obama había cometido «*profundos errores tácticos*» en materia de sanidad, concediendo la mitad de la victoria antes siquiera de que la batalla comenzara, por la vía de externalizar la legislación a través del senador Max Baucus, que la despojó de cualquier alternativa que pasara por el sector público o por la posibilidad de negociar precios más bajos para los medicamentos. En 2011 Obama había abandonado sus «*miniestímulos*», accediendo a las exigencias de que, en lugar de ello, redujera el déficit. Había aquí alguna sombra de la queja formulada por Paul Krugman, para quien Obama no era lo bastante keynesiano; para Luce, sin embargo, la receta de Keynes tampoco sería suficiente. Era poco probable que «*las viejas ortodoxias socialdemócratas*» –y aún menos, las apelaciones a una «*superioridad nacional herida*, que escuchamos en las zonas del interior del país»– pudieran revertir la curva del declive estadounidense. La profunda tradición nacional del pragmatismo aún podía servir de ayuda, pero ese pragmatismo

requería de un pensamiento clarividente y no (en palabras de Tocqueville) de la afirmación perpetua del autobombo. Contra las brillantes vacuidades de Michelle Obama, Luce desplegaba el libro de Barbara Ehrenreich *Bright-Sided: How the Relentless Promotion of Positive Thinking Has Undermined America*. Si bien es cierto que la crítica del pensamiento positivo podía ser impopular en términos electorales (Luce comentaba en tono jocoso que a un crítico le pareció que su libro era tan deprimente que, en lugar de *Time to Start Thinking* [«es hora de empezar a pensar»], debería titularse *Time to Start Drinking* [«es hora de empezar a beber»]), la negación del malestar estadounidense no podía ser una estrategia.

Al analizar el desastre cinco años después, *The Retreat of Western Liberalism* pretende llevar el argumento más allá de las fronteras estadounidenses, para situar el declive de «Occidente» en un contexto global. El libro consta de cuatro partes de extensión desigual. La primera de ellas, «Fusion», analiza las consecuencias indeseadas de la globalización; «Reaction», los resultados políticos que han originado; «Fallout», mucho más breve, cubre las relaciones internacionales; y «Half-Life» se centra, en apenas veinte páginas, en los pasos a seguir. Luce pone en primer término el auge de China y cita con gran regocijo la profética predicción de Hobson en *Imperialism* (1902), para contextualizar la defensa de la globalización que hizo Xi Jinping en Davos:

China, si logra superar con más prontitud que otras «razas inferiores» el periodo de dependencia de la ciencia occidental y del capital occidental, y si logra asimilar rápidamente lo que puede aportar, podrá restablecer su propia independencia económica, hallando entre sus propios recursos el capital y la capacidad organizativa que requieren las industrias fabriles, y [...] lanzarse al mercado mundial como el competidor mayor y más eficaz.

Entretanto, la globalización ha exprimido los ingresos de la «clase media» en todo Occidente. Luce nos presenta a todo un batallón de economistas y sociólogos, para componer un cuadro de referencia sobre la evolución del crecimiento en los ingresos: escaso desde 1973, en retroceso entre 2002 y 2007 y en caída pronunciada a partir de entonces. En el caso de Estados Unidos, la «tasa de rendimiento laboral» de Robert Frank (o *toil index*, que mide el número de horas de trabajo que necesita un empleado medio para pagar un alquiler de tipo medio) ha subido desde las cuarenta y cinco horas al mes en 1950 hasta las ciento una horas en 2016. Luce sugiere que los indicadores económicos estándar ya no miden estos problemas y que esta es una de las razones por las que las élites han tardado tanto en actuar. La inflación ronda el 1 por 100 y el precio de los bienes de consumo ha venido cayendo desde 1985. Sin embargo, durante el mismo periodo de tiempo, el coste de la sanidad y de la educación se ha multiplicado por seiscientos. El desempleo ha caído bastante por debajo del 10 por 100 desde 2014, pero casi uno de cada cinco adultos en edad de trabajar ha dejado de buscar, por

lo que no es contabilizado, hasta el punto de que la proporción de hombres franceses que cuentan con un empleo a tiempo completo es mayor que la de estadounidenses. Esto los convierte en presa fácil de la heroína y de los calmantes como el Oxycontin, cuyas recetas se han multiplicado por cuatro desde finales de la década de 1990, dando lugar a unas tasas de mortalidad que Durkheim hubiera identificado con una «quiebra de civilización». La creación de empleo desde el año 2008 se ha producido sobre todo en el sector informal; muchos jubilados, a falta de pensión, han sido absorbidos por la llamada *gig economy*, y así pasan los últimos años de su vida como los llamados contratistas privados, haciendo de chóferes para empresas de transporte de pasajeros. Al mismo tiempo –Luce menciona aquí el famoso «gráfico del elefante» de Branko Milanovic–, los ingresos de las élites se han disparado. Las ciudades globales, que absorben la riqueza y el talento del empobrecido interior de los países, ahora se alzan «como islas tropicales rodeadas de un mar de resentimiento». La ciudad de Nueva York, que a ojos de sus ciento dieciséis multimillonarios es más un tipo de activo que un lugar donde vivir, permite que treinta y cuatro mil apartamentos permanezcan desocupados en medio de un clamor desesperado por viviendas disponibles. El ritmo de la gentrificación es tan vertiginoso que Richard Florida, que en 2002 dedicó un célebre canto a las «clases creativas» urbanas como impulsoras de la nueva economía, ahora ve que ciudades como San Francisco son «comunidades cerradas», cuya chispa creativa irá apagándose.

Según el relato de Luce, a la presión globalizada sobre los salarios se sumará el fracaso de la tercera revolución tecnológica a la hora de producir un aumento sostenible de los ingresos. Robert Gordon y Tyler Cowen nos ofrecen el modelo explicativo general del consiguiente estancamiento económico, que se atribuye a la ausencia de ganancias en términos de productividad del tipo de las que impulsaron a Occidente entre 1870 y 1970. Luce combina, por un lado, el escepticismo de Gordon ante la idea de que los iPhone, los coches sin conductor o las impresoras 3D puedan lograr lo que lograron los motores de combustión interna, la electricidad o los productos químicos en su día a la hora de impulsar las tasas de crecimiento generales, y, por el otro, la crítica de Cowen a unos estratos directivos que padecen de la aversión al riesgo propia de las sociedades envejecidas. Sin embargo, a Luce también le preocupa que tanto uno como otro puedan estar subestimando el impacto de las nuevas tecnologías, en concreto, su capacidad para acelerar la desigualdad, en lugar de desencadenar una nueva ola de acumulación de capital. «En un principio, temí que el pesimismo de Gordon estuviera en lo cierto», escribe, citando el tecnoevangelismo de Silicon Valley. «Ahora mi temor es que Gordon pueda estar equivocado». Si bien *Time to Start Thinking* planteaba

que la educación superior y la valorización del conocimiento podían ofrecer una posible vía de escape, hoy en día, la deslocalización, la automatización y la inteligencia artificial han llegado para llevarse los empleos de los profesionales de alto nivel en los campos del derecho, la medicina, la economía, así como en otros sectores de la economía. Ya es una realidad que el rendimiento medio de un título universitario de nivel básico ha caído desde los 52.000 dólares en el año 2000 hasta los 46.000 en 2014, mientras que un tercio de los licenciados en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas cubren empleos que no requieren tales cualificaciones. En Facebook, un empleado humano basta para gestionar veinte mil ordenadores. Las implicaciones que esto tiene en términos de poder adquisitivo son claras. Luce cita la visión de Smith en *The Theory of Moral Sentiments*: la condición más feliz para los trabajadores pobres se halla en un estado progresivo, es decir, cuando la sociedad avanza para adquirir más, en lugar de cuando ya ha adquirido toda su dotación de riquezas.

Estos son los argumentos económicos de referencia que explican el desenlace político de 2016, cuando los 493 condados más ricos votaron por Clinton, mientras que los 2.623 restantes lo hicieron por Trump. Aunque la columna de Luce en el *Financial Times* no llegaba a prever la victoria de este último, sí analizaba con agudeza las vulnerabilidades de la primera, que se remontaban a 2014, cuando se burlaba de la convicción, tan extendida en «Hillarylandia», de que todo lo que se necesitaba para ganar era «marcar todas las casillas correspondientes, y dejar que la demografía se encargara del resto». Entre los dirigentes del Partido Demócrata, el «pensamiento de grupo basado en la demografía como destino» erraba de forma fatal, y ello por dos motivos: en primer lugar, porque las proyecciones censales que pronosticaban un país de minoría blanca para el año 2044 estaban equivocadas, debido a que la mayor parte de los hispanos rechazan esta denominación, al considerarse blancos; y en segundo, porque se trata de una gravosa confesión de «pobreza intelectual» por parte de una «tecnocracia exhausta» y sin ninguna buena razón para gobernar. (En este sentido fueron también sintomáticos los ochenta y cuatro eslóganes de campaña que Clinton barajó, entre otros «It's about you. It's about time» [«Se trata de ti. Ya va siendo hora»], que bastaría para «arrancar una mueca de dolor a un publicista de segunda fila»; o su respuesta a la campaña de Sanders, a cuya propuesta de matrículas gratuitas en las universidades públicas Clinton contraatacó con una enrevesada cancelación de deudas por valor de 17.500 dólares, siempre y cuando los graduados se convirtieran en emprendedores en barrios desfavorecidos. Los Demócratas no solo siguieron en 2016 una estrategia electoral identitaria fracasada, que alienó a los blancos sin entusiasmar a las minorías, sino que continúan en la misma senda, exacerbando un error para tratar de explicar otro.

En opinión de Luce, aquí la raza importa menos de lo que parece. El éxito de los partidos y de los candidatos de extrema derecha en todo el mundo occidental nace en el momento en que abrazan el Estado social, abandonado por los viejos partidos de centroizquierda a medida que los políticos de la Tercera Vía llevaban a cabo recortes en las políticas de bienestar en nombre de la modernización del Estado y del empleo. El resultado de todo ello fue un aumento del «chovinismo del bienestar» y no tanto del racismo en sentido estricto. Si bien es cierto que el UKIP constituye un muy buen ejemplo de cómo operó todo esto en términos políticos, «los obreros blancos a ambos lados del Atlántico están hablando en un mismo idioma». En la década de 1990, los fundadores del UKIP rechazaron explícitamente emplear en su denominación el término «británico» –contaminado por la asociación con el BNP–, mientras que el argumento eurófono de los *leavers* según el cual abandonar la UE liberaría hasta 350 millones de libras esterlinas a la semana para invertir en el Sistema de Sanidad Pública «posiblemente fue clave a la hora de inclinar el referéndum» a favor del Brexit. Según el relato de Luce, el multiculturalismo no solo fue un sustituto cínico para escamotear el recorte que se estaba llevando a cabo en las redes de protección social, sino que añadía sal a la herida –«los partidos establecidos probablemente iban a pagar un precio por descartar como intolerantes a franjas enteras de su electorado»– y era contraproducente, ya que la de los «*awakened whites*» ahora se revelaba como la «minoría de mayores dimensiones»*. Su furia, sin embargo, representa algo más profundo que el auge de un puñado de populistas de extrema derecha y no se dará por satisfecha con un control más estrecho de las fronteras u otras medidas contra la inmigración. Más bien, expresa un desencanto con la democracia y esto es lo que amenaza realmente la hegemonía estadounidense (aquí Luce da la vuelta a Tocqueville, que veía la tendencia hacia la igualdad de las condiciones de vida en Estados Unidos como inevitable, aunque también como una propensión hacia un conformismo tiránico). Ahora, las élites hablan en voz baja sobre test educativos que limiten la influencia de los pobres y los menos formados y estos, a su vez, bullen de furia contra sus dirigentes. Las elites han contribuido a provocar lo que más temían: un levantamiento popular contra la globalización.

The Retreat of Western Liberalism se alinea con la argumentación de Dani Rodrik: en último término, la globalización económica es incompatible con la democracia nacional. O bien la democracia debe ser globalizada –pero los compartimentos aislados de la Unión Europea muestran la apariencia

* *Awakened whites* se refiere a los grupos de la población blanca que se sienten en grave peligro en lo que atañe a su reproducción social y biológica por los efectos acumulativos del multiculturalismo, la mezcla racial y la crisis económica, reivindicando, en consecuencia, su derecho a la existencia, su carácter étnico específico y el remedio a sus problemas socioeconómicos, todo ello envuelto en una atmósfera de supremacismo blanco, odio racial y orgullo étnico-cultural y biológico [N. del T.].

que esta tendría en la práctica—, o bien hay que restaurar un cierto grado de determinación nacional. Luce toma partido por el llamamiento que hacía su antiguo mentor, Summers, para que las elites políticas adoptaran una política de «nacionalismo responsable», en lugar de profundizar en la globalización. Contra la imagen que dibujaba Thomas Friedman en *The Lexus and the Olive Tree*, donde comparaba las recetas milagrosas del consenso de Washington con una «camisa de fuerza de oro» —dentro del cual «tu economía crece y tu política encoge»—, Luce observa que las camisas de fuerza son para los lunáticos: no es de extrañar que las democracias occidentales hayan «empezado a perder la cabeza». Y si bien es cierto que el ascenso de la «democracia iliberal» en Rusia, Hungría o Filipinas es preocupante, su llegada a Estados Unidos es diferente, debido a su condición de «faro del mundo» desde 1945. Desde un punto de vista geopolítico todo esto es tanto más peligroso, ya que el ascenso de China crea inevitablemente un momento desestabilizador, un momento Tucídides. En «Fallout», la tercera parte del libro, Luce dibuja un escenario imaginario, en el que los conflictos comerciales se combinan con un estallido a propósito de Taiwán y de los desafíos chinos a la primacía estadounidense en Asia y el Pacífico para dar lugar a una guerra chino-estadounidense en 2020. Aunque la soberbia de Trump juega aquí un papel importante, el terreno también lo abonó Obama con su «giro hacia Asia», basado en una «cosmovisión esencialmente neoconservadora», así como en un sentido pesimista con respecto a las perspectivas democratizadoras de China. Ahora, «el nacionalismo populista está de regreso, justo cuando más desesperadamente necesitamos de la cooperación global».

Tan aguda es la anterior acusación contra Estados Unidos en la actualidad (y contra las ideas de Davos sobre «gobernanza global» y «colaboración multisectorial») que uno podría esperar que, a partir de ahí, Luce terminara con un llamamiento a repensar el liberalismo desde abajo hacia arriba. Sin embargo, en lugar de ello, lo que hace es unirse a él. En un final absolutamente convencional, el libro nos presenta las reformas que volverán a hacer de la política estadounidense «la envidia del mundo». En un libro que llama al orden a las elites por su autocomplacencia con respecto a las clases más bajas, es sorprendente que Luce en ningún momento considere oportuno definir las palabras «occidental» o «liberalismo», juntas o por separado, ni decirnos por qué han de ser superiores a las alternativas, reales o potenciales. De esta forma, la retirada (*retreat*) de que habla el título resulta ser inimaginable. Todo lo que se necesita para revertirla son los remedios vacuos al uso: mejora de los sistemas de formación profesional, supresión de los paraísos fiscales, reforma de la normativa sobre financiación de campañas electorales, impuestos sobre el carbono o sanidad pública, pero no, ciertamente, una renta básica universal. Y, por encima de todo: un «plan Marshall a gran escala para volver a formar a la clase media, a fin de que

adquiera las capacidades que exige la nueva era posautomatizada». Tal y como Luce ha explicado en otro lugar, todo esto podría lograrse siguiendo el modelo de Dinamarca, que presenta una elevada rotación en el empleo y dos semanas de formación gratuita al año por cada adulto.

El camino hacia estas conclusiones banales y acríticas está empedrado por el continuo empleo de eufemismos –«gran salto adelante», «crecimiento económico»–, con los que Luce evita cualquier discusión sobre el capitalismo como sistema o cualquier análisis sobre su dinámica. ¿Por qué un crecimiento más bajo debería ir necesariamente acompañado de una desigualdad creciente? Desde un punto de vista intelectual, no se alude a voces disidentes y ciertamente, a ninguna que pueda poner en aprietos al «hombre de Davos». Summers («el tipo más listo de la sala») y Fukuyama («uno de los pensadores vivos más sutiles, informados y reflexivos») nos ofrecen el culmen de la sabiduría, si bien, al igual que sucedía en *Time to Start Thinking*, muchos son los inventores, inversores, rectores de universidad o generales de cinco estrellas que suspiran, en íntima complicidad con el autor, ante el lamentable estado de las cosas. En términos políticos, el conjunto de la muestra es igual de estrecho. Y a pesar de las miradas periféricas a Gran Bretaña, Alemania, Francia y a algunos otros miembros de la Unión Europea, Estados Unidos es la parte que representa al todo. «Sin Estados Unidos no hay Occidente», afirma Luce en el epílogo, a pesar del alegato atlantista de Henry Kissinger con el que había arrancado, según el cual Estados Unidos, si se despegara de Europa, sería una solitaria «isla frente a la costa de Eurasia». Comparado con los remedios propuestos por Luce, alegres y despreocupados en su simpleza, Emmott, exdirector de *The Economist*, es más franco: el destino de Occidente (según afirma en *The Fate of the West: The Battle to Save the World's Most Successful Idea*) es seguir siendo Occidente, definido por la «apertura» y la «igualdad cívica», cuyas virtudes reales pasa a continuación a enumerar y ensalzar: el capitalismo y la misión de mantener a «los bárbaros [Rusia, China, Irán, Corea del Norte] a sus puertas», misión noble entre las nobles como sucedía con el Imperio del Mal de antaño.

«Cualquiera que sea tu remedio contra la crisis de la democracia liberal –escribe Luce– no es probable que las cosas cambien demasiado a no ser que las elites occidentales entiendan la enormidad del desafío que enfrentan [y] salgan de ese Versalles posmoderno en el que están metidas». En ningún momento formula Luce la pregunta obvia: con elites como estas, ¿quién necesita elites? En su retrato colectivo, son egoístas, corruptibles, cortas de miras e incompetentes, es decir, tienen vicios suficientes como para merecer los horcones posmodernos. En último término, ¿por qué habríamos de querer salvar el Occidente que lideran, si fuera ello posible, o, si no lo fuera, lamentar su declive? Al propio Luce no parece preocuparle el hecho de que

China (que representa el caso más exitoso de su historia de la globalización, al haber elevado los niveles de vida del Estado más poblado del mundo de forma más rápida de lo que nadie pudo predecir) no sea una democracia. Para los preocupados occidentales, este detalle solo tiene relevancia en lo que respecta al comportamiento de China en el exterior. Y en este punto, la posición de Luce es inequívoca: «China rara vez ha tratado de exportar su modelo por la fuerza o de colonizar otras tierras». No comparte «el impulso misionero de Occidente», «ya no busca exportar la revolución», y no impone las mismas cláusulas y condiciones políticas a los préstamos que concede que las «naciones rivales de Bretton Woods». Del mismo modo, el historial de su Ejército Popular de Liberación es más discreto y contenido que el de las fuerzas armadas estadounidenses: «una rápida retirada» de Vietnam en 1979; antes de ello, «las fuerzas chinas superaron la resistencia india» en 1962, pero «se detuvieron una vez alcanzaron la línea que Pekín consideraba que era la frontera correcta», fijada un siglo antes por la potencia colonial. Resulta hipócrita atacar a China por socavar la democracia en Hong Kong, cuando Gran Bretaña solo concedió una cucharadita de la misma en la década de 1990. Entretanto, en el escenario que Luce preferiría —un acomodo pacífico sino-estadounidense—, Estados Unidos llegaría incluso a «animar a Taiwán a que se abriera a negociar [con el continente] su propia modalidad del régimen de un país, dos sistemas» (mientras permanece en Asia en tanto que «voto clave» en aras del «equilibrio regional de poder»); para entender lo que significa para China el estrecho de Taiwán, basta pensar en la comprensible alarma que sintió Kennedy en 1962 con los misiles soviéticos en Cuba. Pero, a pesar de todo ello, Luce reitera que es «el caos, y no China, lo que con más probabilidad ocupará el vacío que deje Estados Unidos».

De esta forma, las dos partes en que se divide esta cuestión —por qué salvar a Occidente y el temor por la supervivencia de su forma de vida ante China— se vuelven más difíciles de responder. La cita que Luce hace de Hobson nos da una pista en este sentido. Según Luce, *Imperialism* «anticipaba el día en que una China que volvía a resurgir iba a cambiar las tornas» con Occidente. En realidad, la parte del libro en la que Luce se basa dice algo bastante distinto, que tiene implicaciones importantes de cara a su argumentación. Hobson afirmaba que este escenario en el que cambiaban las tornas entre China y Occidente era «muy poco probable», ya que China habría de ser despertada de un «sueño de siglos de paz» a tiempo para «repeler el poder de la civilización occidental». Era «mucho más razonable suponer» que las capitales occidentales «aprenderían el arte de la combinación» para repartirse China y que las finanzas internacionales actuaran como un agente federativo. Para Hobson resultaba ingenuo imaginar que —en ausencia de «democracia industrial» o «distribución equitativa» de la «riqueza mundial»— «la liberación de estas fuerzas productivas» en China

fueran a beneficiar a nadie más que a un puñado de inversores en busca de «mercados para la inversión, no para el comercio», que se servirían de las «economías extranjeras basadas en la producción a bajo coste para superar a las industrias de su propia nación y mantener así la dominación política y económica de una clase».

Hobson, por lo tanto, era al menos tan relevante por lo que tenía que decir acerca de Gran Bretaña, la principal potencia imperial de la época, con respecto a la cual planteó una teoría del subconsumo, que postulaba que la mala distribución de la riqueza a escala nacional y la búsqueda de mercados de inversión en el exterior socavaban la democracia y convertían las finanzas en el «gobernador del motor imperial». Luce, por su parte, acumula numerosas pruebas de esas mismas tendencias en su cansado gigante estadounidense —el siniestro control de Washington por parte de Wall Street o la desmedida ambición del imperialismo estadounidense—, pero elude seguir a Hobson a la hora de extraer conclusiones sistémicas de esa coincidencia. La crisis de la «clase media» y de «nuestras democracias» es una crisis de crecimiento económico puro y duro, como si su distribución social fuera algo inmutable o sin consecuencias para la propia tasa de crecimiento. La consecuencia de ello es que tanto el modo como las relaciones de producción quedan fuera de la ecuación: aquí todo el mundo es de clase media, por mucho que cada vez más y más estadounidenses se consideren a sí mismos de clase obrera o de clase baja; y el capitalismo como tal no aparece mencionado ni una sola vez en el libro. En contraste con Hobson, que vio en el socialismo una forma de cortar el suministro al motor imperial y de crear una democracia de trabajadores, Luce trata con desdén a las fuerzas políticas que han hecho de la creciente desigualdad su grito de batalla. Corbyn queda desechado por «representar, en la misma medida que Trump, una nostalgia impertérrita», y sus partidarios son tan «analfabetos desde el punto de vista histórico» como «el ejército de “deplorables” de Trump», aunque «menos racistas». A Luce le escandaliza el llamamiento de Corbyn a renacionalizar los ferrocarriles, que cuenta con un apoyo popular avasallante, una medida que «ningún análisis coste-beneficio sensato de las perspectivas fiscales del Reino Unido» recomendaría. Para Luce, el mejor resultado de 2017 ha sido la «victoria aplastante» de Emmanuel Macron, cuyo *quinquennat* se ha estrenado con una reducción de la presión impositiva sobre las ganancias de capital, un recorte de los subsidios a los estudiantes, una reducción de las pensiones y un ataque a los sindicatos de los ferrocarriles.

En el siglo XX, el relato más influyente de la decadencia fue el de Oswald Spengler, a cuyo título hacen referencia tanto Luce como Emmott, aunque su orientación es opuesta. Spengler, por supuesto, desdeñaba a los intelectuales liberales, aconsejando a los jóvenes alemanes «que pasaran de la poesía a la tecnología, de la pintura a la marina mercante, de la epistemología a la

política». Pero en 1918 Spengler, al menos, tenía claro lo que quería decir con la decadencia de Occidente, lo cual explica en parte por qué Adorno se refirió a su crítica reaccionaria del liberalismo como «superior en muchos aspectos a la crítica progresista», pues supo ver en los ideales liberales no una falsa promesa, sino un fraude. Luce nunca regresa al muro de Berlín para preguntarse si fue la «democracia» lo que triunfó aquel día en que forcejeó para encaramarse en él. En la hora de nuestro declive, ¡ay!, ni siquiera los libros sobre la decadencia se libran de la decadencia.